

VIAJE DE NAVIDAD

Estaba encantada con su vida, ella era la hoja más grande de la Acacia Sagrada y con mayor colorido del majestuoso árbol situado en ese paraje único que con su frescor, suavizaba la dureza del desierto. Desde lo alto del árbol, tenía el privilegio de ver cómo las dunas cambiaban su forma en el juego caprichoso del viento que incluso las movía de sitio. Como cada día, se llenaba de júbilo cuando observaba a lo lejos las enormes caravanas de beduinos con sus camellos y dromedarios. Le divertía ver a los pastores con sus rebaños de cabras, abrevando en las aguas tranquilas del oasis. Escuchar el canto de las mujeres que iban a llenar de agua sus cántaros le hacía bailar con el viento, mientras los zorros pálidos correteaban haciéndose invisibles entre la arena del desierto.

Un día, tras una gran tormenta de arena, la hoja sintió cómo se desprendía de la rama y, con movimientos vertiginosos, empezó a volar dando vueltas alrededor del árbol. Sintió pánico, “no podía ser”, ella era la hoja más grande y con más fuerza de la Acacia Sagrada y ahora solo veía cómo la arena ardiente se acercaba más y más. El miedo la invadió cuando su vuelo la dejó posada sobre la arena. Envuelta en el calor abrasador sintió que toda su felicidad se había esfumado de golpe, ya no veía a los beduinos, ni la danza de las dunas tras la tormenta. Fue entonces cuando decidió cerrar los ojos y no esperar nada más de la vida.

Con los primeros rayos del sol sintió ruido a su alrededor, intento abrir los ojos pero, era curioso, veía luz y de repente oscuridad, nuevamente luz y oscuridad otra vez. Así estuvo un buen rato, hasta que se dio cuenta de que se había quedado atrapada a la pezuña de un camello.

Decidió tomárselo con calma, no tenía nada mejor que hacer y, casi sin darse cuenta, comenzó a jugar.

“Veo, no veo,
soy, no soy,

soy lo que soy,

¿Quién soy?...

¡Qué canción tan graciosa!". Pensó divertida

Tras largas horas de juego y cuando ya se estaba empezando a marear con vaivén de la pezuña, llegó la oscuridad total.

- ¿Qué habrá pasado... por qué no nos movemos? - Se preguntó inquieta la hoja.

El camello se había tumbado y la hoja ahora podía ver con mucha claridad todo lo que sucedía a su alrededor, eso sí, lo veía como si estuviera boca abajo.

- Qué divertido es ver el mundo de cabeza, - rió la hoja.

En ese instante, a un movimiento brusco del camello, salió despedida hacia atrás. El fugaz vuelo la hizo para caer encima de la desgastada bota de un beduino que, apoyada en el estribo de un caballo, levantaba a su paso una espesa nube de arena. La hoja comprendió enseguida que tenía que sujetarse muy fuerte si no quería terminar aplastada bajo los cascos del caballo. Decidió agarrarse a la hebilla de la bota y desde ahí observó cómo el paisaje se iba transformando a su alrededor.

- Guauuu, estoy viviendo una aventura- exclamó excitada la hoja.

El caballo se detuvo un momento y fue entonces cuando la hoja se quedó fascinada con el espectáculo que tenía delante. Un movimiento suave del caballo hizo que la hoja viera cómo miles de estrellas y luces bailaban en la oscuridad. Fue entonces cuando la vieja bota del beduino se movió para indicar al caballo que avanzara lentamente hacia la pequeña aldea, que estaba compuesta por una fonda, dos casas de adobe y un establo.

El caballo se detuvo frente a un pozo y el beduino bajo del caballo. Todo era muy extraño, veía el mundo como si estuviera de espaldas. Se quedó mirando cómo se acercaban pastores con un pequeño rebaño de ovejas y mujeres que salían y entraban deprisa del establo, con paños blancos en las manos y cántaros en la cabeza. Un grupo de chiquillos se arremolinaba bajo

el alto ventanuco, intentando descubrir lo que estaba pasando dentro del establo.

Nuestra hoja se sintió intrigada por saber que estaba ocurriendo al otro lado de la ventana. Estaba tan absorta creando sus propias historias, cuando sintió una triste mirada sobre ella. A aquella pobre mula la habían echado del establo, aun sentía el dolor sobre su lomo por el golpe que el pastor le había propinado. La mirada de la mula estaba llena de dolor y, quizás por eso, sintió el desamparo de aquella pequeña y magullada hoja. Ella sabía que una hoja de Acacia Sagrada, en medio de la aldea, significaba que había tenido que hacer un largo viaje desde algún oasis del desierto. La mula comprendió enseguida, que el destino de esa hoja era llegar al establo. Comenzó a agitar rápidamente su cola hasta formar un remolino que levantó a la hoja por el aire. Arrastrada por el viento, veía cómo, poco a poco, se iba acercando a la luz del ventanuco y cuando ya casi se sentía al otro lado, se quedó de golpe atrapada en los cabellos de un muchacho que de un manotazo la hizo pasar definitivamente al otro lado de la ventana.

“Uyyy si estoy en la tripa de un bebe...Hola Chiquitín”. El bebé empezó a sonreír y la hoja comprendió que, con su alegría, le hacía cosquillas. La sonrisa del niño era el paisaje más hermoso que jamás había visto. Así estuvieron mucho tiempo, hasta que una mano fina y delicada la cogió del tallo y le separó del vientre tierno del niño.

- Nooo , es nuestro juego- susurró la hoja para sí misma.

El niño, dejando de sonreír, empezó a llorar desconsoladamente. Mientras estaba ocurriendo todo esto, una anciana que estaba untando aceite de sándalo sobre los pies del niño, con esa mirada llena de sabiduría que puede ver en lo invisible, se dio cuenta de que aquella pequeña hoja de Acacia Sagrada, le traía al niño el regalo de su primera sonrisa. La hoja sintió cómo los dedos de la anciana la dejaban de nuevo, suavemente, sobre la tierna piel.

La hoja, deteriorada y frágil, se vio reflejada en las arrugadas manos de la anciana y escuchando la sonrisa del niño comprendió de pronto que, quizá, ese viaje a la alegría era el profundo sentido de su vida.

Chiquito

Categoría Adulto